

---

OHMAE, Kenichi

*El fin del estado-nación*

Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1997, 270 pp.

En este libro el autor propone el fin del estado-nación como un ejercicio intelectual proveniente de la experiencia y de la práctica. Kenichi Ohmae es consejero de empresas y de algunos gobiernos en el sureste asiático, de ahí que su obra oscile entre los países integrantes de esa región.

El autor aboga por un mundo sin fronteras en donde la economía dirija todas las actividades de las sociedades en las diferentes regiones del planeta. Afirma que la economía mundial y los efectos de la moderna tecnología de la información están cambiando de manera irreversible las fronteras y las formas de organización de las sociedades al final del milenio. Así los consumidores, en una correlación de mercado, trascienden las fronteras, que hoy en día sólo representan un obstáculo más que una ventaja, por lo que deben ser eliminadas. Afirma que en esta economía total ninguna estrategia tradicional, ninguna línea política y ninguna forma atrincherada de organización puede permanecer indemne o inalterada.

Para Ohmae, cuatro son las grandes fuerzas que gravitan en la economía del mundo:

En primer lugar, los mercados de capital de la mayoría de los países desarrollados, cuyo poder económico puede ser transferido a gran velocidad a través de las fronteras nacionales, sin que los estados-nación interfieran o intervengan en lo absoluto; por lo tanto, las inversiones internacionales ya no están sometidas a limitaciones geográficas o a fronteras entre los estados, y es que en su mayor parte dichas transacciones se realizan entre particulares, se hacen con dinero privado, donde el estado-nación, en el mejor de los casos, es un mero espectador.

La segunda gran fuerza está constituida por la industria, cuya característica es su orientación mundial. En el pasado, preocupadas en todo momento por los intereses de los gobiernos de sus países de origen, las empresas llegaban a acuerdos con los gobiernos anfitriones, en virtud de los cuales aportaban recursos y conocimientos (tecnología, marcas, patentes) para disfrutar de un acceso privilegiado a los mercados locales. Esto ha cambiado, las estrategias de las modernas corporaciones multinacionales ya no están

condicionadas por razones de estado, sino por el deseo —y la necesidad— de atender los mercados atractivos allí donde se encuentren, y de acceder a regiones lucrativas de recursos, estén donde estuvieren. Las ayudas financiadas por los gobiernos, los anticuados incentivos o ventajas fiscales que se concedían por invertir están perdiendo la importancia que tuvieron; las empresas transnacionales se desplazan hoy a los lugares donde encuentran mejores y más amplias libertades para actuar sin restricción alguna, por ejemplo, cuando las empresas se instalan en un cierto país llevan su tecnología y su capital, pero estos no son concesionados a los gobiernos anfitriones, son sus materias primas que con ellas llegan y con ellas se van. Con este desplazamiento también hay una transferencia de capital que busca oportunidades rentables, así, examinando las posibilidades de los mercados de valores, se eligen aquellos potencialmente destinatarios de inversiones, evaluando las ventajas de las operaciones, quedándose en donde les es más favorable. De esa manera se amplía la gama de mercados de capital, consiguiendo recursos, que a su vez se aplicarán en otro país.

La tercera gran fuerza está constituida por la tecnología de la información, la cual hace posible que una empresa pueda operar en diferentes partes del mundo sin tener que construir un sistema empresarial completo en cada uno de los países en los que tiene presencia. Las empresas internacionales pueden controlar las actividades de fábricas diseminadas en continentes diferentes. Esto hace posible las alianzas estratégicas transfronterizas (ya no es necesario tener un ejército de trabajadores). La capacidad de las transacciones económicas está en la red de las grandes carreteras de la comunicación y por lo tanto siempre a disposición inmediata, eficiente y eficaz de las internacionales del dinero.

La cuarta gran fuerza la constituyen los propios consumidores, los cuales, a través de los medios de comunicación, adoptan una orientación mundial de consumo, consecuencia lógica al acceso de orientación de otros estilos de vida, principalmente, desde y entre los países industrializados. Estos compradores son mucho menos proclives y están

mucho menos condicionados por sus propios gobiernos a comprar los productos nacionales, sino lo que les conviene, venga de donde viniere. En una economía mundial, el comprador es mundial.

Para Kenichi Ohmae, antiguo miembro de la firma de consultores internacionales «McKinsey Company», las transnacionales impulsadas por la información se dirigen a una economía sin fronteras, y ello es un reto para la integración y la cohesión del estado-nación, que sin duda se resolverá a favor de aquellas; así los estados-nación dejarán de tener significado alguno en la actividad económica y consecuentemente en la gestión político-económica.

Según el autor, se equivocan aquellos que piensan que las fronteras entre los países seguirán demarcando los acontecimientos económicos, políticos y culturales que se dan en las sociedades actuales, por lo que se pregunta cuál es la relevancia y eficacia de los estados-nación como formas de agrupación significativas. Afirma que muchos de los valores que servían de fundamento a un orden mundial de estado-nación, independientes y soberanos (democracia liberal, soberanía política, etc.) han demostrado que necesitan ser sustituidos y en el mejor de los casos sufrir una profunda redefinición. Y es que esos conceptos o categorías decimonónicas son obsoletas para el siglo XXI. Sentencia: «En algunas empresas y en la mayoría de los gobiernos, hay un diferencial de más de un siglo entre las realidades transfronterizas del mundo exterior, la estructura de ideas y los principios empleados para interpretarlas. Las viejas ideas se resisten a desaparecer».

Dice el autor de *The mind of the strategist* que su obra pretende que los dirigentes, académicos y líderes políticos recapaciten acerca de los motivos por los que algunas regiones prosperan económicamente, mientras que otras no lo hacen, y por qué las políticas tradicionales, basadas en principios tradicionales, no pueden ofrecer una guía adecuada en un mundo sin fronteras. Por tanto, mientras los viejos principios sigan dando forma a la política sufrirán las consecuencias internacionales.

Ohmae, en una conferencia a dirigentes de grandes corporaciones internacionales (llevada a cabo en Stuttgart, Alemania, en 1990), predijo la desaparición de la Unión Soviética. Ahora, afirma que el viejo mundo se ha fracturado y con él los modelos de los países industrializados, hasta el punto en que se hace imposible su reparación. Por lo tanto, ello modifica de manera fundamental la ecuación

económica, haciendo anticuado el papel de los estados-nación, pues la calificación para sentarse a la mesa mundial y presentar soluciones mundiales responde no a las «fronteras artificiales y políticas» actuales de los países, sino a lo que él ha llamado «centros de unidades geográficas», que es en donde se produce el trabajo, la riqueza y florecen los mercados.

Esta nueva división obedece más a intereses económicos que políticos o nacionales. Advierte que esas unidades geográficas, verbigracia, Hong Kong, Osaka, Cataluña, constituyen centros geográficos alrededor de los cuales se construyen los estados-región.

Lo que define a estos «estados-región», no es la ubicación de sus fronteras políticas, sino el hecho de que tienen las condiciones para ser verdaderas unidades operativas en la economía mundial actual.

El libro, dividido en nueve capítulos y un epílogo, explora los asuntos siguientes: en el capítulo primero, «La ilusión cartográfica, el nuevo orden mundial», explica la erosión sufrida por la economía y la información de los estados-nación, hace un recuento de la desaparición de estados y la creación de otros, así como de los conflictos étnicos, religiosos, etc. y el fracaso de los centros políticos que hoy detentan el poder para resolver satisfactoriamente esos problemas. Señala que las líneas de quiebre del mundo surgido en la posguerra no surgen de la política o la ideología, sino de la cultura.

En el capítulo dos, «La escala del desarrollo», dice que el desarrollo de las sociedades requiere deshacerse del opresivo control del gobierno y las reglamentaciones intervencionistas; así las decisiones que tomen los gobiernos será la diferencia entre un más rápido y mejor desarrollo de unos frente a otros. Advierte que a pesar de las reticencias de algunos gobiernos, las economías de primera línea, con las que entren en relación, les exigirán acciones correctivas como precio de admisión en este nuevo orden económico mundial.

En el capítulo tres, «El nuevo “crisol”», describe los avances en la tecnología de la información que están impactando en el mundo, los cuales han tenido tres efectos: el primero, en la esfera macroeconómica, ha hecho posible que el capital se traslade instantáneamente a cualquier lugar del mundo y por lo tanto, el que los flujos de capital dejen de estar necesariamente vinculados a los desplazamientos de materiales y de bienes, de ahí que las formas tradicionales de comercio sólo representen una

fracción diminuta del mismo; el segundo, en la esfera empresarial, estos avances vienen a modificar la naturaleza de los mercados, de los productos y de los procesos organizativos; el tercero, que se da en la esfera de los consumidores de cualquier parte del mundo, estos coinciden y conviven con otros consumidores del mismo u otro país o continente, con los mismos productos y servicios y los valores relativos entre estos.

En el capítulo cuatro, «El mínimo social garantizado», el autor dice que en una economía sin fronteras, la mano invisible del mercado todo lo regula, a diferencia del pasado en que el mercado se daba dentro de las fronteras del estado-nación. Hoy la actividad económica define el escenario en el que han de operar todas las instituciones, incluido el aparato de la soberanía del estado. Por lo tanto, desde la política económica, el estado-nación se ha convertido en una unidad artificiosa, pues al ser una creación de etapas antiguas de la historia industrial, ni tiene incentivos, ni la credibilidad, ni los instrumentos, y ni la base política para desempeñar una función eficaz en una economía en la que no existen fronteras.

A juicio del autor, los estados-nación, a causa de su orientación, no pueden llevar a cabo su actividad económica, pues consideran, principalmente, las consecuencias políticas y no las económicas; por lo tanto, están siempre determinados por «las reglas de la lógica electoral, así como de las expectativas populares».

En el capítulo cinco, «El “interés nacional” una industria en declive», Ohmae se pregunta, ¿por qué ha dejado de funcionar lo que mantenía unidos a los estados-nación?, y se contesta que la respuesta está en el rechazo de la gente ante las corruptas maniobras de los que ocupan el poder. Hace suyas las palabras de Nathan Gardels, cuando éste señala que «cuanto menos tienen que ofrecer los viejos partidos para el electorado, más desesperadamente tratan de recaudar fondos electorales para mantenerse en el poder...». No obstante —dice—, reflejan un sentimiento opuesto que se explica por los excesivos abusos cometidos por el sistema político, al cual, sin embargo, le reconoce —al sistema— que sin esos abusos sería perfectamente funcional. Afirma Ohmae que el aparato del estado-nación es un mecanismo inadecuado para ocuparse de las amenazas y oportunidades de la economía mundial. Critica al sistema democrático, apoyándose en Gianni de Michelis (quien fuera ministro de asuntos exteriores

de Italia) cuando sentencia que «estamos presenciando la explosión del obsoleto modelo de la democracia liberal, que no puede ya acomodarse a nuestras dinámicas y complejas sociedades, con sus sofisticados electorados, tan diversos y con intereses tan tremendamente diferenciados»; y añade, mientras el bienestar de esas sociedades dependió de su capacidad de explotar de manera segura los escasos recursos naturales, el interés nacional estuvo claro: proteger esos recursos, pero en las condiciones actuales, de una economía globalizada impulsada por el capital internacional, quienes protegen sus magros recursos se aíslan del crecimiento. Ohmae antepone el «interés nacional» *versus* el «interés de las personas», señalando que éste es el que debe prevalecer.

En el capítulo seis, «Ahuyentar a la economía mundial», nuevamente el autor se plantea interrogantes: «¿dónde se encuentra el interés nacional en un mundo sin fronteras?, ¿son las principales unidades políticas del mundo —sus estados-nación— verdaderamente capaces de ocuparse de estos intereses de justicia?». Según el autor el reto que enfrentan los estados-nación ya no es si tienen la capacidad de imponer sus condiciones militarmente, ni de si a través de la violencia institucionalizada son capaces de controlar a sus propios pueblos, o de si, mediante el ejercicio de la soberanía, pueden acelerar o frenar la expansión del libre comercio; sino, si tienen la capacidad de atraer la economía mundial a sus países, potenciándola de una manera productiva y, más aún, retenerla.

Dice el autor que dentro de los estados-nación siempre habrá grupos que favorezcan el mínimo socialmente garantizado en aras del proteccionismo en el nombre del estado. El reto para los gobiernos es superar esta prueba, demostrando que tiene la voluntad y la capacidad de resistirla y además de «acogerse sinceramente a las reglas de la economía mundial».

En el capítulo siete, «La aparición de los estados-región», Kenichi Ohmae construye el marco histórico-ideológico de las condiciones de los estados-nación; y dice que sacudidos por súbitos cambios en la dinámica industrial, la información, las preferencias de los consumidores y los flujos de capital; agobiados por las exigencias de los mínimos sociales, además, atados por sistemas políticos obsoletos, los estados-nación carecen de sentido y significación en la actualidad, por lo que en la mayoría de los casos los sistemas políticos han perdido la capacidad de utilizar

la lógica económica mundial como criterio básico en las decisiones que toman.

Reitera el autor, que para los susodichos estados-nación y especialmente para sus líderes, el interés fundamental sigue siendo la protección del territorio, de los recursos, de los puestos de trabajo, de la industria, incluso de la ideología. No se dan cuenta que los habitantes de esos países están más pendientes del mercado mundial, que sí son sus intereses, que de las «retrógradas preocupaciones e ideologías del estado-nación al que pertenecen».

En ese orden de ideas, se hace necesaria la creación de un nuevo orden al que el autor denomina «estados-región»: unidades geográficas como el norte de Italia, Baden-Würtemberg (o el alto Rin), Gales, San Diego/Tijuana, Hong Kong/China del sur, Silicon Valley/Bahía de San Francisco en California, y Pusan (y el extremo sur de la península de Corea) y las ciudades de Fukuoka y Kitakyushu en el norte de la isla japonesa de Kyushu, etc. En un mundo sin fronteras estas son zonas económicas naturales. Aunque de dimensiones geográficas limitadas, su importancia estriba en su enorme poderío económico. De la misma forma, la región japonesa de Kansai, —Osaka, Kobe y Kioto— ocuparían el sexto lugar, detrás del Reino Unido.

Sin embargo, estos estados-región en vez de poder unirse al grupo de los siete (G/7), por ejemplo, los alcaldes y gobernadores de Kansai tienen que desplazarse todas las semanas hasta Tokio, «con el sombrero en la mano, para conseguir las aprobaciones, autorizaciones y recursos necesarios para cualquier cosa que pretendan hacer». Los líderes regionales de Japón no sólo no pueden sentarse a la mesa mundial a la que, de acuerdo con sus economías, tendrían derecho, sino que ni siquiera disfrutan de las mismas libertades que las entidades federativas de Estados Unidos de América o los *Länder* de Alemania.

Estos estados-región pueden o no encontrarse dentro de las fronteras de una nación determinada. Que sea así es un simple accidente histórico, en términos prácticos no tiene ninguna importancia: «Al igual que Singapur, muchos son, en realidad, ciudades-estado que han renunciado voluntaria y explícitamente a algunas de las galas propias de los estados-nación, a cambio de poder disfrutar de una capacidad (relativamente) libre de trabas para aprovechar la economía mundial».

El autor hace la distinción entre estados-región y grandes concentraciones humanas: Los estados-región, no obstante, no son lo mismo —aunque puedan tener el mismo tamaño— que las megalópolis como Calcuta o la Ciudad de México. A diferencia de los estados-región, estas inmensas agrupaciones humanas no se dirigen, o no pueden dirigirse, a la economía mundial en busca de soluciones para sus problemas, o de recursos para que estas soluciones funcionen. Por el contrario, se dirigen a los gobiernos centrales de los estados-nación en los que se encuentran ubicadas.

En virtud de su subordinación política, las megalópolis son indiferentes a la lógica económica mundial, no la buscan, ni son capaces de aprovecharla cuando se pone a su alcance. A falta de estas relaciones mundiales, son incapaces de reubicarse por sus propios medios en la trayectoria positiva del crecimiento. En realidad, el medroso respeto que muestran hacia la soberanía, las aísla y las priva de los únicos medios posibles de progreso. Al mismo tiempo, ese respeto hacia la soberanía impone una carga muy pesada, en ocasiones insoportable, sobre sus gobiernos centrales que —en aplicación del mínimo socialmente garantizado— deben destinar recursos sin fin a sus «bolsas de necesidades sin fondo». De este modo, al igual que ocurre con los sectores industriales en declive, la dinámica económica de las megalópolis traza una espiral descendente de la que no podrán salir por sus propios medios. En cambio, los estados-región son mejores porque pueden dejar a un lado toda la parafernalia de la soberanía a cambio de la capacidad de aprovechar las «economías» mundiales a su conveniencia.

La población, por lo tanto, no es el elemento esencial. Lo que más importa es que cada estado-región posea, en una u otra combinación, los ingredientes esenciales para la participación provechosa en la economía mundial.

En el capítulo ocho, «Estrategia de cebra», el autor sugiere que en las modernas transacciones comerciales, la única posibilidad de vender es a través de un grupo de organizaciones no basadas en naciones al estilo de la ONU, sino a través de la capacidad y competencia del estado-región. Así, el único método razonable consiste en desarrollar una organización exclusiva de estrategia y desarrollo. Para los directivos mundiales, los puntos atractivos y sobre todo manejables del mapa del desarrollo, no son los países, sino las regiones económicas. Y es que las

regiones son de suma importancia, porque la escala de esfuerzo de gestión exige su factibilidad. En cambio, los gobiernos nacionales tienden a ver esto como problemas desestabilizadores en lugar de verlo como oportunidades que se debieran aprovechar; se preocupan por la ideología nacional, por sus instrumentos de política para controlar a las agrupaciones de la actividad económica, y de «cómo esas actividades de flujos transfronterizos distorsionan lo nacional».

Dice Kenichi Ohmae, la política de la ONU, centrada en los estados-nación, puede mostrarse voluntariamente cerrada hacia estos acontecimientos: El Estado de Myanmar, después de todo, está al margen del régimen internacional, y Camboya levanta muchos recelos. Sin embargo, Thai Air tiene un vuelo regular a Rangún, se realizan constantemente operaciones comerciales informales a través del río Salween entre Tailandia y Myanmar, y las variadas operaciones comerciales realizadas con intereses jemerres son mucho más reales y tangibles que los distantes pronunciamientos del presidente Sihanouk, al que tanta atención se le presta en Occidente.

Ohmae sigue ilustrando: de una forma muy parecida, si un empresario se encuentra en Tokio u Osaka, tendrá, en el mejor de los casos, una visión distante de los acontecimientos que están ocurriendo en China. Este es el motivo de que una empresa como Sanyo haya desplazado a su primer vicepresidente ejecutivo de Osaka a Dalian. Desde allí se aprecia mucho mejor el noreste de China. De la misma manera, si el empresario está en Kuala Lumpur o en Singapur, estará en el centro *de facto* de una red de comunicaciones, que conecta a varias de las mayores economías del mundo. Se situará efectivamente, en un nudo de información, en una posición equivalente a la que se encontraban, hace una generación, quienes establecían un «puesto de escucha» del bloque oriental en Viena o Helsinki. Puede que estos puntos no sean los centros operativos ideales, pero tienen un valor inmenso como puntos desde donde se pueden preparar estrategias.

En el pasado se habrían sentido atraídos a estas regiones por los bajos impuestos, o por su proximidad a las materias primas o por la mano de obra barata. En la actualidad, la atracción se debe, cada vez más, a su conexión con varias de las regiones en crecimiento con más alicientes del mundo.

En el capítulo nueve, «La respuesta del estado-nación», Ohmae analiza el estado actual que guardan

los países en el concierto internacional y dice: cuando el Secretario General de las Naciones Unidas llama a Asamblea General, cada uno de los delegados presentes en la sala tiene un voto en las deliberaciones de la Asamblea. «Representan a estados-nación cuyas dimensiones oscilan entre los mil doscientos millones de habitantes de China y los diecisiete millones de kilómetros cuadrados de Rusia», por una parte; por la otra, a los ocho mil habitantes de Nauru, que viven en un atolón de apenas veinte kilómetros cuadrados. Sin embargo, importantes economías del mundo no están representadas directamente: los dos ejemplos más notorios son, por supuesto, Hong Kong y Taiwán. La región que se encuentra en torno de Tokio, la tercera economía del mundo (sin incluir a Japón), se halla presente sólo por delegación, como California al igual que Cataluña. Hay pueblos importantes que no están representados directamente, como los kurdos, o los zulúes o los palestinos. Las más importantes agrupaciones de interés tampoco están directamente representadas: el NAFTA, la Unión Europea, o la APEC, por ejemplo.

Concluye Kenichi Ohame: como las únicas entidades oficialmente «visibles» para la ONU son los estados-nación tradicionales, cuando, con esa falsa modestia que tan bien se ajusta a la cobertura informativa simplista, elaborada a partir de frases impactantes, los delegados de esos estados-nación anuncian que «todo está tranquilo en la frontera oeste», no queda más remedio que respetar su veredicto. A no ser, claro está, que se planteen cuestiones acerca de la legitimidad formal de los gobiernos que los han enviado. En la práctica, esto significa que las cuestiones que no encajan en el perfectamente delimitado concepto de conflicto entre un país y otro no pueden ser objeto de debate

en la ONU, hasta que alcanzan unas proporciones catastróficas, que ni siquiera los burócratas internacionales puedan desviar la mirada.

Cada vez es mayor el número de cuestiones que, requiriendo la atención de la comunidad mundial, no se pueden subsumir convenientemente dentro de las fronteras de los estados-nación, ni de los mandatos de las instituciones multilaterales o mundiales que vinculan entre sí a esos estados-nación. Se trata, en su mayor parte, de problemas que no tienen nada que ver con la *realpolitik*, o equilibrio de poder, sino con las vidas cotidianas —y la calidad de vida cotidiana— de personas ordinarias en lugares ordinarios. La óptica que emplean los estados-nación tiende a marginar estos problemas. Por regla general, la gente no vive ni trabaja en países, día tras día, su ámbito primordial de vida es local o regional.

*Raymundo P. Gándara\**

---

\* Profesor Investigador del Centro de Capacitación Judicial Electoral.